

Este Anuario trata sobre la ciudad y los movimientos sociales. De cómo la ciudad transforma las identidades —las individuales y las colectivas— y crea agravios que generan respuestas colectivas. De cómo la ciudad no cumple su función de generar espacios en los que se construye y ejerce la emancipación, la libertad, la igualdad de oportunidades, la solidaridad, las identidades compartidas. De cómo la ciudad provoca nuevas (y viejas) fracturas, nuevas (y viejas) discriminaciones y desigualdades, nuevas y viejas indeseadas soledades. Y de cómo los ciudadanos de las, cada vez más distintas y plurales ciudades, colectivamente responden a tales quebrantos e insuficiencias. No es un terreno fácil para la reflexión porque la ciudad no cesa de cambiar, de transformarse, de generar nuevas condiciones y barreras para la acción colectiva. Por eso lo que sigue son sólo notas algo desordenadas y muy provisionales (como si estuviesen contaminadas por ese ruido desorden urbano) que provienen especialmente del debate que tuvimos sobre el tema (una muy pequeña parte del mismo encabeza los textos de este anuario) así como de algunos artículos posteriores.

La ciudad era el lugar donde se podía trabajar con la vecindad de los extraños. Era un sitio donde se permitía tejer menos lazos que en ámbitos más comunitarios. También la ciudad era la expresión de la modernización social, industrial, urbana. Y en este sentido la ciudad concentra... muchos aspectos de crisis del modelo de progreso que en buena parte identificamos como característico de ella. Lo urbano era (¿es?) el símbolo de la modernización.

La ciudad, es la forma de convivir que nos permite multiplicar las oportunidades de relación con el mínimo coste de acceso. Desde ese punto de vista, la ciudad, en términos de ecología urbana, es un gran descubrimiento evolutivo, que tiene muchas virtudes desde el punto de vista ecológico y a la vez se convierte, debería convertirse, en un espacio para el desarrollo humano, es decir para capacitar, para dar libertad, para dar opciones, a las personas. Debería. Otra cosa es que funcione realmente, que se frustre esa oportunidad, y por tanto en lugar de ciudad tengamos por ejemplo suburbios, o tengamos ghettos, y esos ghettos se conviertan en una cárcel que en lugar de capacitar, frustra. La ciudad es como el gran contenedor de cotidianidad, y la cotidianidad expresa la totalidad política (todo lo que es e importa en política) en un territorio determinado. En esa cotidianidad está la salud, la educación, la vivienda, la movilidad, la cultura. O sea en cada persona moviéndose por la ciudad está todo concentrado, y además recaen sobre esta persona y ese territorio, un conjunto de acciones de todos los niveles de gobierno. Esto refleja la creciente importancia de los elementos territoriales en el debate político. Al mismo tiempo refleja la globalización y pone de relieve que no hay salida desde lo local. Pero tampoco la lucha contra lo global tiene salida sin la lucha desde lo local; será muy difícil poder construir alternativas sin que parta de los grupos de ciudad, de los territorios.

Esto nos obliga, cuando hablamos de sujetos, a pensar en sujetos y en pluralidad, algo que

históricamente no ha sido siempre así. Ver la ciudad también desde el punto de vista no sólo de los territorios, sino de las diferencias entre las personas dentro de estos territorios. En la cotidianidad urbana, es la elaboración de la experiencia, individual y colectiva, la que da sentido a los grados de satisfacción o insatisfacción de la propia expresión de las necesidades. Las necesidades no son algo dado, sino algo que se elabora, que se elabora a través de la experiencia. La distinción es importante porque puede ocurrir (y en las ciudades ocurre) que la experiencia devenga significativa y por tanto se convierta en proyecto, o se viva como insignificante y por tanto dé lugar a frustración.

Se ha acabado la época en que las identidades estaban claras y todo el mundo estaba bien colocado en su espacio concreto. Había un sistema productivo que organizaba un sentido de identidad, había un estado/nación que permitían también tener proyectos políticos. Y los sujetos colectivos como sujetos políticos transportaban, cuidaban y transmitían esas identidades sintiéndolas -viviéndolas- como propias, exclusivas y excluyentes. Ahora eso no existe. Tenemos una gran fragmentación de identidades, posiciones que cambian constantemente. Y parece que hay pocas capacidades de agrupar, de organizar, estas identidades cambiantes... líquidas.

Desaparecen las viejas identidades duras y estables. Con un 50% de empleos que tienen una duración de semanas (datos de la ciudad de Barcelona) es difícil hallar identidad en el mundo del trabajo. También resulta insólito construir identidades en el marco de la familia/comunidad (la familia nuclear tradicional, hoy representa el 29,5 % de los hogares de la ciudad de Barcelona). Y por otro lado, parece poco real que la nueva ciudad sea una red de los viejos barrios con sus respectivas y diferentes identidades. No parece posible... construir nuevos espacios de relación, nuevos espacios compartidos a partir de esa tradición.

Hay que considerar la existencia de nuevos agravios, de nuevas tensiones, y desde ellos pensar en su transformación en «macro» identidades; es decir, pensar en cómo compartir, a partir de identidades muy diversas, el espacio público. La reflexión se abre en torno a cómo esas nuevas identidades y creencias compartidas llevan a cabo una acción colectiva situada más allá de la defensa de su específica experiencia, dirigida hacia el proceso de transformación general de la ciudad, hacia la construcción de nuevos espacios públicos, de transformación de lo material, etc.

Pero este escenario algo confuso no puede impedirnos ver que, en la práctica, en la ciudad hay movimientos, grupos que se identifican, dicen y actúan. Y que, eso sí, lo hacen respondiendo a ese escenario abierto —demasiado abierto— de la ciudad. Siguiendo uno de los textos del anuario describimos, proponemos, una tipología; abierta, por supuesto:

- Los movimientos más convencionales -«materiales»- relacionados con la provisión y el acceso a la vivienda y a los servicios urbanos.
  
- Otros relacionados con la defensa de la comunidad, dirigidos a proteger a la comunidad en contra de determinadas amenazas (tráfico excesivo, ubicación de equipamientos no deseados, o también...minorías étnicas.).
  
- Cercanos a estos, pero de orientación mas política, encontramos movimientos (¿o espacios de debate?) que se organizan para repensar el territorio a partir de los problemas cotidianos de sus gentes vinculándolos a temas políticos más generales.
  
- Por otro lado, tenemos luchas relacionadas con las nuevas políticas de desarrollo urbano a partir de grandes eventos (olimpiadas, expos, etc.). La oportunidad de este tipo de movimientos de resistencia, reside en su capacidad de crítica al modelo de desarrollo de la ciudad más allá de la oposición a transformaciones y proyectos específicos en los barrios.
  
- En otro orden de cosas, las más tradicionales asociaciones y grupos que gestionan servicios y programas comunitarios. Las asociaciones de vecinos, formando parte de programas sociales en los barrios e incluso estableciendo sus propias cooperativas de vivienda en las ciudades...
  
- Los nuevos movimientos de los excluidos, como los sin techo o los inmigrantes. Como respuesta a uno de los impactos del proceso de globalización en las formas de vida urbanas. El incremento de las desigualdades socio-espaciales causadas por la erosión de las mallas de seguridad previas (políticas, comunitarias y familiares) y la diversificación de las fracturas sociales.
  
- Las protestas urbanas «glocalizadas». La hibridación de los movimientos anti-globalizadores y los movimientos urbanos. Como movimiento de movimientos, las luchas urbanas entorno a temas medioambientales, contra la privatización o el desmantelamiento del estado de bienestar han incorporado la narrativa contra la globalización neoliberal como elemento de interconexión entre luchas particulares.

Y volvemos a las contradicciones. Hay algunos movimientos sociales urbanos que tienen un alto voltaje simbólico y discursivo, pero en cambio tienen poca operatividad real, desde el punto de vista de transformaciones de condiciones de vida ciudadana. En cambio hay otros movimientos sociales que están participando en redes que cambian condiciones de vida pero en cambio no tienen relatos sobre su propia identidad. Hay algunos actores que están muy enquistados en un repertorio de prácticas y en formas organizativas bastante anacrónicas, y en cambio, hay también actores que han innovado mucho, en su repertorio de prácticas, en sus estructuras organizativas. Por otro lado surge un cierto espacio compartido entre las políticas municipales y los movimientos sociales, en el que se puede expresar antagonismo, pero que parten de un cierto reconocimiento mutuo de legitimidades para actuar.

Y una reflexión final sobre una de las identidades «clásicas» de la ciudad. De la antigua pero también renovada identidad de barrio. Citamos textualmente del texto de Mercedes Cortina: «Esta identidad es de base barrial ya que se entiende el barrio como la unidad básica de la vida urbana y así, como un conjunto al margen pero dentro de la ciudad. En ella se supone la convivencia entre dos tipos de identidades: por un lado, una identidad de barrio que reconstruye su identidad con nuevos (y reciclados viejos) rasgos diferenciadores y lo hace en resistencia (expresa o no) al proceso de invasión. La diferencia que encontramos con las identidades de barrio propias de la ciudad fordista es que los elementos de diferenciación como elementos de clase, cultura, símbolos, lugares, espacio físico diferenciado... es mucho menor. Es aquí donde la tensión entre las viejas formas identitarias y las nuevas se vive de una forma más directa. Así, esta identidad se construye en base a una percepción de invasión física (urbanística) y simbólica (estrategias de cit y-marketing) que corresponde a las nuevas dinámicas urbanas de metropolitanización en las que los barrios pierden su posición de autonomía con respecto a la ciudad y que lleva a que sólo se pueda comprender el barrio a partir de comprender una lógica global de la ciudad. (...) Entendemos que la identidad barrial híbrida a la que nos referimos no es una identidad estática y que, a pesar de que las dos identidades que percibimos en ella se viven de forma completa, el grado en el que se dé una más que la otra vendrá dado por elementos como la trayectoria, historia e ideología del grupo que lleva a cabo la acción, el papel del espacio físico y simbólico que ha tenido con anterioridad y tiene en la actualidad el marco espacial en el que se espacializa la acción o la escala y proyección temporal con la que se mira a la ciudad.»